

matemáticos, y por ello ideales; jamás se comprobarán empíricamente, los sentidos no son ni el único ni el mejor medio de evidencia existencial. Nadie ha buscado prueba empírica de los objetos lógicos, y sin embargo ellos existen.

Relacionado con el punto anterior, está la discutida cuestión de la multiplicidad de dimensiones. Oigamos al autor:

Es muy fácil que esos espacios multidimensionales, deducidos principalmente por los procedimientos de la Geometría Analítica, no encuentren confirmación en la realidad del Universo"<sup>1</sup>.

Mucho se podría decir al respecto, pero nos limitaremos a indicar ciertas experiencias de la vida diaria. Cuando queremos coger un objeto inmóvil, calculamos tres dimensiones: largo, o la distancia que media entre el objeto y nuestra persona; alto y ancho, pues de ello depende que lo podamos coger con la mano. Bien, si ese objeto está en movimiento, a más de las dimensiones indicadas, deberemos calcular la velocidad y el tiempo, pues de otro modo sería imposible aprehenderlo. Entonces tenemos cinco dimensiones que se dan en la vida diaria; puede parecer que forzamos el ejemplo, pero en la Física o en la Matemática, una dimensión no es otra cosa que una coordenada necesaria para ubicar un objeto en el espacio; es fácil pensar que pueden darse infinito número de dimensiones.

Finalmente, el P. Riaza pone en tela de juicio el valor de la ley de la "Entropía" para reafirmar la Existencia de Dios. Tal punto de vista disiente de la opinión de Su Santidad Pio XII, quien en un discurso pronunciado ante la Academia Pontificia de Ciencias<sup>2</sup> sostuvo que esa ley "exige elocuentemente la existencia de un Ser Necesario"<sup>3</sup>.

En conclusión, salvo los puntos criticados, el libro del R. P. Riaza es una buena introducción al estudio de estos temas científicos. Eso sí, esperamos que en la próxima edición se salven las omisiones antes anotadas.

Luis Felipe Guerra Martinière.

JOSE M. ALEJANDRO S. J. *La Verdad en la Philosophia Perennis. En: Pensamiento* Nº 41. enero-marzo de 1955. Madrid. p. 28-56.

El artículo encara el problema epistemológico, tratando de descubrir su contenido y la posible solución. El autor principia efectuando un brevísimo repaso de las doctrinas que han tratado el conocimiento, llegando a la conclusión de que

<sup>1</sup> Pág. 19.

<sup>2</sup> Discurso pronunciado el 22 de noviembre de 1951.

<sup>3</sup> Utilizamos la edición del discurso pontificio, que se titula: La Existencia de Dios y la Ciencia Moderna. Publicaciones Unec. Con prólogo de Gustavo Quintanilla. Arequipa. 1952.

el núcleo del problema se halla en llegar a la verdad, siendo de notar que en este aspecto ya los viejos escolásticos se enfrentaron al tema, tal como lo muestran sus escritos.

La circunstancia antes anotada permite hallar un camino hacia la solución, pues por estar "anclados inamoviblemente en el ser", su doctrina resulta quizá la más apropiada para esta tarea. Así la "Philosophia Perennis" toma como punto de partida el contestar la pregunta ¿Qué es la Verdad?; tras analizar esta pregunta se descubre que la verdad por estudiar es la verdad formal o "verdad en sí" (sic), ya que es la verdad del conocimiento y no la del lenguaje o la del ser en cuanto ser. Siguiendo el análisis se comprueba que la verdad es una igualdad, que se presenta en la relación conocimiento-objeto.

Mas en este punto se presenta un doble problema: a) Qué añade la verdad al acto verdadero; y b) Qué es lo que llamamos verdad. El primer problema se soluciona fácilmente, desde que la verdad sólo añade una connotación objetiva. El segundo problema también es salvado al descubrirse que la verdad es la representación del objeto tal cual es, algo así como una imagen, pero imagen en sentido analógico. La solución del problema epistemológico está hallada. ¡Ya no hay por qué tener "fiebras agotadoras"! La "Philosophia Perennis" tiene una teoría completa en este campo del saber, y ella alcanza tal solución por su base metafísica, base que falta a otras doctrinas, como por ejemplo la de Kant que no pasa de ser "un modelo de su incapacidad metafísica" (sic).

Tal es en síntesis el contenido del presente artículo; quizá convenga hacerle algo de "crítica constructiva".

Comenzando, indicaremos que si bien es exacto que los escolásticos analizaron el problema de la *verdad*, se exagera algo al decir que se adelantaron al problema *gnoseológico* de los modernos. Ya en las denominaciones hay diferencia, desde que *verdad* y *conocimiento*, muy ligados entre sí, no son términos que se identifican. El problema moderno nace de la crisis que las Nuevas Ciencias (Astronomía, Física Experimental etc.) plantean al dar una visión del mundo diferente a la medieval: de aquí que principalmente se busque el *criterio de certeza* y los principios del conocimiento científico, puntos estos que presuponen la existencia de una verdad; en resumen puede decirse que los modernos buscaron el "cómo" de la verdad. En cambio los escolásticos orientaron su búsqueda por otro camino, dado que no tenían la crisis de la Nueva Ciencia, su única crisis, si podemos llamarla así, era conciliar el pensamiento filosófico antiguo con la Revelación Cristiana; como muy bien dice el P. Alejandro, esa teoría de la verdad tiene un fuerte fondo metafísico, de ahí que se buscara el "qué" de ella y no el "cómo", al menos en sentido estricto.

También es preciso aclarar algo el optimismo que se profesa acerca de esta teoría de la verdad. Es cierto que el análisis presentado (que en buena cuenta es una descripción fenomenológica) acerca de la verdad contiene las características precisas de ésta, pero nada más. Sabemos qué es la verdad, pero no sabemos las condiciones necesarias para lograr la igualdad veritacional; sabemos qué añade la verdad al acto verdadero, pero ignoramos el criterio de certeza para afirmar que tal acto es verdadero. Y todo esto porque tenemos una mera descripción formal de la verdad, el problema *gnoseológico* queda orillado de esta manera.

Por último, cabe decir algo sobre un juicio acerca de la calidad metafísica de Kant. Simplemente, se le niega esta calidad. Afirmar esto parece algo aventurado, pues si bien en el siglo pasado fué ese un juicio común, en la actualidad se ha ido corrigiendo tal concepto. Existen una serie de obras que desarrollan brillantemente

ral tema, basta con citar una: el magnífico libro de Martin Heidegger "Kant y el problema de la Metafísica". De otro lado también tenemos las obras del mismo Kant. En sus "Prolegómenos a toda Metafísica del porvenir" demuestra con toda claridad que su anhelo es construir una metafísica, pero quiere hacerlo con rigor científico, esto es, trata de sistematizarla; así pues, es evidente que jamás quiso destruir la metafísica, sólo buscó bases más rigurosas para la misma. Por otra parte para intentar siquiera semejante labor —y Kant la intentó brillantemente— se requiere un talento metafísico nada vulgar. Que su solución apriorística sea débil, no mengua en nada su jerarquía, él vió muy bien cuál era el problema principal de esta ciencia y lo sacó a luz. Antes de Kant había una confianza ingénuo acerca del poder de la mente para hacer metafísica. Es cierto que la mente tiene tal poder. Pero sólo puede desenvolverse rigurosamente a condición de conocer los límites de su posibilidad.

*Luis Felipe Guerra Martinière.*

ELEUTERIO ELORDUY S. J. *La Metafísica Agustiniiana. En: Pensamiento* No 42, abril-junio de 1955. Madrid. p. 131-169.

El autor quiere exponer las bases de una metafísica agustiniana, pero se encuentra con el sorprendente hecho de que este aspecto ha sido muy poco estudiado en San Agustín, pese a su innegable valor para solucionar el problema de la relación entre metafísica y ontología, por cuanto presenta una visión unitaria del mundo contingente y lo trascendente.

El problema antes mencionado está en plena actualidad, basta recordar que hasta los positivistas moderados como Hartmann y Heidegger (?) lo plantean. Para mejor comprenderlo es conveniente hacer un repaso histórico de las posiciones filosóficas adoptadas: en la antigüedad se presenta como una lucha entre Dionysio (lo contingente) y Apolo (lo suprafísico). Así, los presocráticos rindieron culto a Dionysio, mientras que Platón, por llevar la ontología a las regiones de la metafísica, se rinde ante Apolo. Aristóteles da una solución diferente: lo trascendente lo une a lo immanente y para lo suprafísico crea la Teología. Son los estoicos los primeros en lograr una síntesis integral; ni Apolo ni Dionysio sino una escala jerárquica de categorías; esta síntesis la aprovechará más tarde San Agustín. Quedan dos filósofos importantes para este problema: Santo Tomás y Suárez. El primero, gracias al empleo de una causalidad creadora proveniente del Primer Motor, logra alcanzar la unidad existencial de ambos mundos. Mientras tanto Suárez intenta una síntesis personal, así la Metafísica tiene un objeto múltiple pero que puede tener una unidad, que incluye lo trascendente por dos vías lo intrafísico y lo transfísico.

Vista la evolución del problema, se puede apreciar con mayor claridad la posición de San Agustín. Primero hay que indicar que jamás confundió Religión y Filosofía, sino que vió muy claramente la relación exacta que hay entre ambos. Pa-